

«LA CULTURA DE LA RESTAURACION»

■ Conferencias de José María Jover

«Los problemas que vive la sociedad española actual se manifiestan ya en la que llamo época de la Restauración, es decir, entre 1875 y comienzos del siglo XX. Ello presta ya, por sí mismo, un enorme interés a aquellos años en que, realmente, comienza la que en sentido estricto podemos llamar «historia contemporánea». Ahora bien, contemplada tal época desde un punto de vista cultural, podría decirse que el interés crece, porque nos encontramos con la primera gran etapa de la que ha sido llamada nuestra Edad de Plata. Esta designación no debe hacernos olvidar que el contexto histórico global de este período de nuestra cultura no fue precisamente



JOSE MARIA JOVER ZAMORA es, desde 1950, catedrático de la Universidad de Valencia y, desde 1964, de la Complutense de Madrid, en cuya Facultad de Geografía e Historia explica Historia Contemporánea. Es académico electo de la Real Academia de la Historia, y profesor de Historia de las Relaciones Internacionales en la Escuela Diplomática de Madrid. Dirige en la actualidad la Historia de España fundada por Ramón Menéndez Pidal, y es autor de numerosos estudios relativos a la historia moderna y contemporánea de España, en los que cabe destacar como uno de sus principales rasgos distintivos la tendencia a encuadrar los problemas históricos españoles en su correspondiente marco europeo. En 1963 obtuvo el Premio Nacional de Literatura por su obra *Carlos V y los españoles*.

glorioso, ni en el plano social —con el mantenimiento de situaciones de extrema injusticia especialmente en el Sur—, ni en el plano político —recordemos el falseamiento sistemático del sufragio denunciado por Costa—, ni en el plano de las grandes decisiones de política exterior: ahí está el 98. Pero pese a todo ello, es evidente el gigantesco paso adelante que da la cultura española en sus manifestaciones intelectuales y estéticas a partir de los años setenta del siglo XIX». Son

FUNDACION JUAN MARCH
CURSOS UNIVERSITARIOS

La cultura de la Restauración

JOSE MARIA JOVER



FEBRERO 1981

Martes, 10
LOS AÑOS DE LA PACIFICACION

Jueves, 12
LOS FUNDAMENTOS DE LA EDAD DE PLATA

Martes, 17
LA INFLEXION IRRACIONALISTA DE LOS AÑOS NOVENTA

Jueves, 19
«FIN DE SIGLO» COMO UN CONCEPTO HISTORIOLOGICO

palabras de José María Jover, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Complutense, dentro del ciclo de conferencias que sobre *La cultura de la Restauración* impartió del 10 al 19 del pasado febrero en la Fundación Juan March.

A lo largo de cuatro conferencias, proyectadas sobre la época que cubren el reinado de Alfonso XII y la Regencia (1875-1902), el profesor Jover analizó sucesivamente las cuatro grandes etapas que, desde un punto de vista de historia de la cultura, distingue en el largo cuarto de siglo así acotado. En primer lugar, los últimos años setenta, años de «la Pacificación» en el lenguaje contemporáneo, que el conferenciante cree conveniente analizar sin partir de una ruptura tajante con los años del Sexenio democrático, y en particular con la llamada «República del 74», subsiguiente al golpe de Estado del general Pavia. En segundo lugar, los años ochenta en los que se manifiestan ya plenamente los fundamentos de la Edad de Plata: el desarrollo urbano, el renacimiento de las culturas regionales, el auge de la novela, la liberalización del Estado. En tercer lugar, los años noventa, con su clima psicológico de crisis, con su dispersa inquietud colonial, con el ascenso del problema social a un primer plano, con el 98. En cuarto lugar, esa especie de gozne histórico entre los siglos XIX y XX, que se inicia en el 98 para terminar en torno a 1905: «fin de siglo» que el conferenciante presentará como manifestación española de un fenómeno ampliamente europeo.

Ofrecemos a continuación un resumen del ciclo.

Con la restauración canovista y su designio de integración, se dan muchos elementos de continuidad con el Sexenio democrático (1868-74), y especialmente, en lo que hubo de avance en el proceso de la revolución burguesa y de continuidad de un ambiente ideocrático. Pero también hubo una ruptura o discontinuidad: la Restauración filtró el componente 73 del Sexenio, es decir, lo que en éste hubo de aliento popular, de utopía y de anticipo de futuro, de reformismo social.

No entenderíamos la cultura de la Restauración si no viéramos en ella algo más profundo que un mero cambio de régimen: en ella hay que ver el resultado de una vigorosa reacción social por parte de todos aquellos que, durante el Sexenio —y, más concretamente, durante el 73— habían llegado a temer por su posición privilegiada: latifundistas y terratenientes, plantadores cubanos temerosos de la auto-

nomía y de la abolición de la esclavitud; todos ellos influyeron decisivamente en la génesis de la Restauración. Se «restaura», pues, no sólo una dinastía, sino además, una *seguridad* para una *propiedad*. Por otro lado, la ideología de estos grandes protagonistas de la Restauración es tradicionalista, muy arraigada en las clases medias; ideología que se opondrá al krausismo, por ver en éste peligrosas veleidades reformistas, y que será apuntalada por el Positivismo. Ahora bien, permanecerán enfrentadas las dos grandes corrientes de pensamiento que habían luchado en el Sexenio: el idealismo krausista y un complejo ideológico tradicional en el que cabe distinguir tres niveles, muchas veces de frontera indecisa:

a) Una especie de conformación histórica del catolicismo de entonces, de ideología clerical, que tenderá con Pío IX al integrismo, y que va a influir poderosamente en actitudes y opciones de los católicos españoles, especialmente entre las clases medias. El clero es, pues, una poderosa élite de orientación, y en lo religioso predomina lo cultural, la codificación del mensaje cristiano. Esta ideología eclesial se opone al liberalismo y a la democracia, aunque, al mismo tiempo, desde 1878, se prestará a asumir los condicionamientos de la ideología social y económica del liberalismo, con su defensa a ultranza de la propiedad privada.

b) Un segundo nivel que se inserta en lo que cabría denominar legado ideológico y mental del estamento nobiliario, que alcanza a las clases medias tradicionales, que asumirán, además, un monopolio de un cierto concepto nacionalista, cuyo formulador de talla va a ser Menéndez Pelayo: la imagen de una Patria que se identifica con las *res gestae* de la nobleza y con una línea argumental que exalta la Reconquista, el reinado de los Reyes Católicos, la política de los Austrias, la identificación de España con el catolicismo...

c) Determinadas actitudes morales de las clases medias que van a dejar incluso su huella en la literatura de la época: introversión familiar y renuncia a intervenir activamente en la cosa pública; temor de «venir a menos» confundiendo con las filas del pueblo; una moral cifrada en la «honradez», que no hay que confundir con el «honor» de procedencia nobiliaria. La *honradez* consiste en el respecto escrupuloso a las relaciones de propiedad, entre los varones, y en una estricta moral sexual, por parte de las

mujeres. En su conjunto, todo este complejo ideológico tradicional va a pesar favorablemente a favor del régimen establecido.

Por otra parte, tras la Restauración hay una «inflexión positivista» del krausismo. Del idealismo krausista van a sobrevivir dos características: su talante moralista y su confianza en una reforma del hombre español a través de una continua acción pedagógica. Es inevitable, con respecto a esta vía pedagógica, la mención de la Institución Libre de Enseñanza, fundada en 1876 como consecuencia de la política represiva en el orden intelectual que asume la Restauración.

Así pues, la España tradicional y la España reformista, que habían sido «las dos Españas» del Sexenio, lo seguirán siendo en el primer tramo de la Restauración. Los años setenta, y en especial su segundo lustro —el canovista—, vienen marcados por un ambiente *ideocrático* —despotismo de las ideas— que es, en última instancia, el mismo del Sexenio. Sobre esa bipolarización de las dos Españas viene a recaer una tercera posición: la recepción del Positivismo, si bien de un positivismo que, dadas las peculiares condiciones del país, aparecerá orientado a una finalidad esencialmente reformista. El positivismo español no llegará a ser —salvo quizá en Cataluña— una ideología justificativa de una burguesía conservadora, pero contribuirá a respaldar ideológicamente el carpetazo dado por los hombres del 75 al legado utópico del 68 y del 73; en suma, una ideología para las clases conservadoras que, por su cientifismo, tenderá a enfrentarse con las formas históricas del catolicismo español de aquel entonces (polémica de «la ciencia y de la fe»).

El naturalismo será la vertiente literaria del movimiento positivista. Sin aceptar esta especie de síntesis entre la mentalidad positivista aplicada a la literatura y la mentalidad tradicional, no podríamos entender la novela de los años ochenta.

LOS FUNDAMENTOS DE LA EDAD DE PLATA

Si las raíces de la llamada Edad de Plata se encuentran, como hemos visto, en el Sexenio, es ahora, en los años ochenta, cuando encontramos sus verdaderos frutos de madurez y cuando podemos apreciar sus verdaderas dimensiones históricas. El año 1885 tiene una significación precisa: muere Alfonso XII y se establece la Regen-

cia de doña María Cristina de Habsburgo; se formaliza el «turno» con el acceso al poder del recién configurado Partido Liberal; es también el año de aparición de *La Regenta* de Clarín (y en los dos años inmediatos aparecerán los cuatro volúmenes de *Fortunata y Jacinta*, de Galdós). Al corazón de esta década del 80 corresponde, pues, la aparición de las dos cumbres novelescas de la literatura española del XIX.

Cinco son los condicionamientos históricos decisivos de ese gran salto dado por nuestra cultura nacional desde los años ochenta. En primer lugar, el *desarrollo de la vida urbana*. La Edad de Plata va a ser un fenómeno urbano en el marco de un país que sigue siendo predominantemente rural; y en la arquitectura de la ciudad, en la casa, en la vida familiar cotidiana, encontramos las manifestaciones primarias de una cultura socialmente diferenciada por el «status». En segundo lugar, el *regionalismo*, que se pone en marcha con este despegue de la Edad de Plata de la cultura española, y que viene a ser, sobre todo, un nuevo concepto de España, más rico y auténtico, más progresivo. Se tiende a superar la estricta identificación de España con uno de sus ingredientes, el castellano.

Asimismo, una *extraversión europea*, tras el recogimiento canovista. Tal extraversión vino apoyada por la «segunda revolución ferroviaria», por la misma política exterior de los liberales, ansiosos de «descubrir Europa», y por la actitud «receptora» de una élite intelectual. Un cuarto factor determinante lo constituyen la *estabilización y liberalización del régimen* en esta época: estabilización frente a la crónica inestabilidad del periodo 1868-80; y liberalización, por los «frutos tardíos» del Sexenio. Finalmente, un *avance en la ideologización de las clases trabajadoras*, del movimiento obrero.

Fijémonos principalmente en dos de estos condicionamientos: el desarrollo de la ciudad y de la vida urbana y la reaparición de la región como ámbito cultural.

La ciudad es el microcosmos en el que se gesta y en el que se refleja de manera inmediata el conjunto de transformaciones que confieren su fisonomía a la década del 80. La ciudad aumenta el número de sus habitantes (en mayor proporción las de la periferia que las del centro, a excepción de Madrid; y más las del Norte que las del Sur). Arquitectura, escultura y pintura cumplen una finalidad social muy concreta: expresar la magnificen-

cia, el poder y la respetabilidad del orden establecido. En los grandes conjuntos arquitectónicos —paseos y avenidas, plazas y calles de distinto rango social— cabría buscar la proyección de una cultura socialmente diferenciada.

Como es sabido, el Estado liberal español —heredero en esto de ilustrados y afrancesados— nació con una vocación centralizadora y uniformizadora. En el último cuarto del XIX la España lingüísticamente plural era una realidad, y la conciencia de esta realidad hubo de agudizarse por la incidencia de factores tales como el incremento de la alfabetización, el notable incremento en el uso del ferrocarril, etc.; y, sobre todo, la recuperación de la condición de lengua literaria por el catalán y el gallego, como consecuencia del Romanticismo (Renaixença).

Conviene distinguir tres niveles en el juego de motivaciones inmediatas que van a desembocar en este complejo fenómeno del Regionalismo: a) la conservación de unos particularismos institucionales muy arraigados en la realidad viva de unas sociedades no castellanas; conservatismo que tiene un respaldo predominantemente rural en todas las regiones, que apunta contra el Estado liberal, contra la tendencia uniformizadora —de acuerdo con el patrón castellano del liberalismo español—; y que recibe el respaldo doctrinal de una línea de pensamiento que viene del romanticismo histórico; b) el acceso de las lenguas españolas distintas de la castellana a formas de expresión literaria de una calidad no lograda hasta entonces; y c) un tercer nivel de motivaciones regionalistas de orden social, económico y político, específicas de la época que estamos analizando: en primer lugar, un desajuste estructural entre Cataluña y la España interior, que impulsará a la burguesía catalana a un repliegue regional, tras el fracaso en la empresa de una articulación económica moderna del conjunto español.

Por otra parte, en 1881 el acceso de Sagasta al poder devuelve la libertad a asociaciones y partidos. El movimiento obrero, que desde el golpe de Pavía había atravesado una etapa de clandestinidad, se afianza. Hacia 1888 se anuncia un profundo viraje en su trayectoria y en la del movimiento libertario, anarquista, con aplastante predominio de este último en las fachadas levantina y meridional de la Península. Ahora bien, en esta primera etapa del socialismo español faltó un previo análisis de la efectiva reali-

dad social española; análisis que, de haber sido llevado a cabo, hubiera obligado a una atención más sostenida al problema campesino, así como a una ponderación más realista de la función que podía corresponder a las clases medias en la transición a la nueva sociedad.

En el plano de la novela se manifiesta claramente la diferencia entre ambas décadas, los 70 y los 80. En el mundo de las clases medias los años ochenta traen consigo la generalización progresiva de un talante más liberal. En el ámbito concreto de la novela va a pasar a un primer plano un nuevo ingrediente que tiene el respaldo de toda una tradición «costumbrista», y la atención a la realidad será el empeño principal del novelista.

La nueva orientación de la novela —definida en 1879 por Zola como una «consecuencia de la evolución científica del siglo»— era conocida en España desde los últimos años setenta; pero será Emilia Pardo Bazán su introductora oficial a través de *La cuestión palpitante* (1883). Las características del naturalismo biológico de Zola no se darán en España hasta la generación subsiguiente (Blasco Ibáñez). Hay, además una sorprendente coherencia de actitudes críticas en el plano social: crítica del bloque de poder centrado en Madrid y de la aristocracia (*Lo prohibido*, de Galdós, 1884-85; *La Montálvez*, de Pereda, 1888); crítica de un clero y de unas formas de culto que no responden a la autenticidad del mensaje cristiano (*Marta y María*, de Palacio Valdés, *La Regenta*, de Clarín, *La familia de León Roch*, de Galdós); un cierto «menosprecio de corte y alabanza de aldea», con la importancia dada al medio rural y provinciano frente a la corrupción madrileña: Galicia, Santander, Asturias, la España septentrional son idealizadas desde Madrid.

LOS AÑOS NOVENTA: LA INFLEXIÓN IRRACIONALISTA

Hemos visto, pues, que nuestra Edad de Plata se integra en un determinado ritmo de desarrollo de la cultura europea, cuya pluralidad tenderá a afirmarse desde 1848; y que hay un cierto comportamiento de la Península como un microcosmos, pues en España se da también un renacer de las culturas periféricas. ¿Cómo se manifiestan los nuevos tiempos —años noventa— en la cultura española? En la década de los 90 hay en España un contagio del ambiente general de crisis

que se da en Europa: crisis económica, social e intelectual, un cierto miedo y pesimismo. En nuestro país la percepción de la crisis social se refleja en el avance del movimiento obrero y en el incremento de la conflictividad social (huelgas y manifestaciones de mayo de 1890). Por otro lado, la guerra salta a un primer plano de la vida política (la de Melilla, en 1893, la de Cuba en 1895, pronto extendida a Filipinas; la hispano-norteamericana de 1898; entre 1898 y 1902, la tensión hispano-británica, la crisis de Gibraltar...).

La moral social de las clases medias, determinada por una oposición a la ética del bloque de poder; la conciencia de que el mundo de la burguesía no es el mejor de los mundos, se reflejan, por ejemplo, en la pintura española de entonces, de asunto cotidiano y vulgar, y en desajuste cronológico con el renacimiento idealista que presenta la pintura de la Europa occidental. Hay también una crisis de confianza hacia la filosofía burguesa del Positivismo, crisis de fe en la ciencia y en la razón. Y una denuncia de la civilización urbana, un ataque a la ciudad deshumanizada y deshumanizadora.

GIRO HACIA LO ESPIRITUAL

En contraposición, se va a dar una tendencia hacia un cristianismo depurado de connotaciones sociopolíticas, un cristianismo de tintes franciscanos (el del Padre Gil de *La Fe* de Palacio Valdés, el del obispo Camoirán de *La Regenta*, de «Clarín») basado en el amor a la naturaleza y a los desvalidos. En la novela se produce un giro hacia lo espiritual, hacia la vida psicológica de los personajes, animados por ideas elevadas. En ello influirá bastante la recepción de la novela rusa en España, recepción que tendrá un hito decisivo en las conferencias de Emilia Pardo Bazán sobre *La Revolución y la novela en Rusia* (1887). La cultura rusa irrumpe en el horizonte cultural europeo como portadora de un mensaje de universalismo, de confraternidad y de compasión al hombre marginado y humillado.

Por otra parte, hay que referirse a la influencia del vitalismo; al papel decisivo de la exaltación de la vida, la fuerza y el poder, como valores supremos en Nietzsche; y a la del teatro de Ibsen, con una idea muy afin al superhombre nietzscheano: la exigencia ética de autorrealización y autoafirmación frente a los convencionalismos

de la sociedad tuvieron en la cultura europea de finales de siglo una gran trascendencia, una gran acogida por parte de las clases medias (y una resonancia en el teatro de Echegaray).

Este nuevo espíritu de los años noventa presenta, pues, en la historia de la cultura occidental, una inflexión *irracionalista*, aunque habría que matizar, ya que si bien es cierto que en las últimas décadas del siglo hay una crisis evidente de valores racionalistas, sin embargo, un estudio detenido del «caso ibérico» (curiosamente refrendado por el caso ruso) nos obliga a distinguir entre: a) una creciente conciencia de insatisfacción ante una civilización basada en una burguesía que se siente conservadora, que pretende legitimarse en una filosofía científica y positivista que se ha adueñado del poder y de la ciudad; insatisfacción que apuntará a la atención insistente a los marginados del sistema, a todo lo que pueda haber de auténtico en unos valores espirituales y religiosos; y a una crítica de una ciudad que comienza a trascender la medida del hombre. Esto ni puede llamarse reaccionario ni puede ser tampoco integrado sin más bajo la rúbrica del irracionalismo; y b) por otra parte, se da una especie de aceleración, en una dirección determinada, de las conclusiones filosóficas del cientifismo del XIX. El evolucionismo y el darwinismo darán lugar a unas aplicaciones sociales y políticas que suministrarán apoyo, pretendidamente científico, al imperialismo y al racismo, sobre la base de una afirmación de la desigualdad de las razas humanas, correlativa de las desigualdades de las especies animales, y abocadas también, cómo éstas, a la lucha por la vida y a la supervivencia de los más fuertes.

Esta creencia tendrá dos vertientes: en el seno de los pueblos más poderosos, industrializados y fuertes —germanos y anglosajones— la creencia en la superioridad de los pueblos nórdicos, arios; en el marco de las naciones meridionales, con estructuras sociales muy polarizadas sobre grandes desigualdades, este sentimiento antiigualitario actuará interiormente, escindiendo de hecho la comunidad nacional: la élite, las clases conservadoras, las clases ilustradas, frente a las clases inferiores frecuentemente afectas a opciones revolucionarias. En todo caso se trata de una afirmación de valores vitales sobre los intelectuales; y también en ambos casos, el respaldo ideológico de unos intereses. Esta es, en términos estrictos, la corriente irracionalista.

EL «FIN DE SIGLO»: 98 Y MODERNISMO

Conviene tener en cuenta, al abordar el tema del «Fin de siglo», que el 98 no es sino el eje de uno de los grandes goznes de la historia contemporánea: la separación entre el XIX y el XX es algo más que un mero dato cronológico. Entre 1895 y 1905 Europa describe un viraje que va a colocar la frente a una recta histórica que conduce a un inaudito progreso técnico, a las guerras mundiales y a la pérdida de su hegemonía mundial. Todo aconseja no obsesionarse con el 98, y preguntarse cómo se manifiesta en España y en su cultura este profundo cambio histórico, que afecta, dura y diferenciadamente, a los pueblos de la Europa meridional.

Quizá pocos tramos históricos de nuestro siglo XIX hayan experimentado cambios tan radicales de planteamiento, análisis y ponderación, en el marco de su contexto, como en esos años de transición entre ambos siglos. Veamos las principales características de esa «crisis fin de siglo» en España: en primer lugar, no procede en absoluto hablar de verdadera crisis económica. Con el Desastre del 98 y sus consecuencias, hubo, sobre todo, un *Desastre-mito* encuadrado en unas coordenadas ideológicas y un *Desastre-realidad social*. Tampoco hubo quiebra política. No hay razones para dar por terminada la época de la Restauración ni en 1898 ni en 1902. La erosión ideológica del sistema canovista no comienza en el 98 ni siquiera en el 90: basta un repaso de la temática de la novela de los 80 para ver que tal erosión estaba en marcha bastante antes que regeneracionistas y jóvenes noventayochistas iniciaran su tarea.

El Desastre incide sobre la situación ideológica de los distintos sectores de la sociedad española, así como también incide la influencia de un contexto europeo en plena ebullición. La resultante de este doble influjo será: el regeneracionismo, el movimiento anarquista o marxista de jóvenes intelectuales de extracción pequeño-burguesa, y una actitud de evasión que se acogerá al modernismo. Pero, en cualquier caso, los «continuadores de la historia de España», de cara al inmediato siglo XX van a seguir siendo los sectores sociales integrados en el estrato superior. Hay un pacto histórico de terratenientes-gran burguesía, acogido a un sistema ideológico en el que los elementos tradicionales, aportados por los sectores nobiliarios y te-

ratenientes, predominan sobre los específicamente burgueses. El desastre colonial y sus consecuencias inmediatas, pues, no habían comportado una crisis económica ni social capaz de afectar a la posición hegemónica de «los que mandan» en la España de la Restauración.

La transición del siglo XIX al XX va acompañada de un fenómeno cultural de difícil e imprecisa definición: el modernismo. Este se superpone cronológicamente a nuestra crisis de fin de siglo y, en términos europeos, a esa «década decisiva», 1895-1905, gozne entre ambos siglos. El modernismo literario va a ser una gran tentación para esas clases medias emparedadas entre un movimiento obrero en trance de consolidación y una alta burguesía que ha formado bloque con terratenientes y antigua nobleza de sangre. Una tentación para aquellos jóvenes intelectuales del 98, procedentes de esa misma pequeña burguesía, que tras su juventud van a abandonar el compromiso asumido con el socialismo y el anarquismo.

Lo cierto es que, al hilo de la penetración en el nuevo siglo, la «juventud del 98» fue quedando atrás. La condición pequeño-burguesa de esos hombres tenderá a prevalecer en ellos, dejando paso a una tendencia a la evasión mítica. La exaltación subjetiva del paisaje, de Castilla a través de su paisaje, y la subsiguiente identificación con España y aún con el Imperio español; la categorización de mitos literarios como el de don Quijote o Don Juan, son temas cuya elaboración se manifiesta presidida por el signo de esa voluntad de evasión, propia del modernismo literario.

Por otra parte, siglo XX adelante, las élites establecidas tenderán a apropiarse determinados temas del 98 como componentes de una ideología nacionalista literariamente renovada; y este «raptó de la mitología del 98» —creación de jóvenes intelectuales de extracción pequeño-burguesa— por parte de la derecha española durante la primera mitad del siglo, será uno de los más sugestivos aspectos de la cultura española durante la misma. Pero hemos de dejar constancia, al cerrar esta indagación en los límites cronológicos de 1902-1905, de dos rasgos esenciales en la llamada «generación del 98»: su desorientación política —basculando entre el compromiso ético y la tentación modernista—, y su profunda reflexión sobre el tema de España —«amor amargo», «España soñada»— llamado a ser en el futuro patrimonio cultural de todos los españoles.